

ESCENA III

La misma sala de la escena anterior, nada ha cambiado. María sentada en una butaca, está leyendo un libro, sí un libro, no está viendo la televisión sino leyendo un libro. Es raro en estos tiempos leer un libro. Antes, hace años, era normal leer un libro de esos que para nada sirven ni siquiera para ayudar a triunfar.

La madre entra en la sala por el lado derecho, por qué lado iba a entrar la madre, y por qué lado habría de salir sino por la derecha. La vaca siempre tira al prado y las buenas madres siempre han entrado y salido por la derecha y como no hay mal que por bien no venga, cuando las madres salen por la derecha, los hijos siempre les salen por peteneras.

Madre.-(Entrando). He hablado con Serafino.

María.-(Sin dejar de leer). ¿Y qué?.

Madre.-¿Cómo que y qué?.

María.- (Sin dejar de leer). Sí, ¿y qué?.

Madre.-¡Me desesperas?.

María.-(Sin dejar de leer). ¿Y qué?.

Madre.-¡Me desesperas todavía más!.

María.-(Sin dejar de leer). Me contaron de alguien que una vez se desesperó demasiado. (Pausa).

Madre.-¿Y qué?.

María.-(Sin dejar de leer). Desesperó a los demás.

Madre.-¿Y qué?.

María.-(Sin dejar de leer). ¿Cómo que y qué?.

Madre.-¡Ay hija! ¡Todo lo cuentas sin final!.

María.-(Apoyando el libro abierto sobre su pecho, cerrando las ojos y hablando como con cansancio). Los finales tiene que hacerlos cada uno, cada uno de nosotros debe hacer su propio final.

Madre.-Ahí te equivocas, los finales de las personas están escritos desde el momento que se nace. En el gran libro de la vida está escrito nuestro final.

María.-Si es así, yo borraré ese libro y cada día escribiré mi página.

Madre.-¡Ingenua! No sabes que ese libro no puede borrarse Dios lo ha escrito.

María.-Sé como borrarlo, no te preocupes.

Madre.-¡Es imposible!.

María.-(Abriendo los ojos). Dios no fue muy buen estudiante, a menudo lo suspendían en gramática, tiene faltas de ortografía. No le importará que le rehagan un ejercicio de redacción escolar.

Madre.-No te burles, te lo prohíbo!.

María.-Bien, ¡pero la tierra sigue girando!.

Madre.-Como te decía he estado hablando con Serafino.

María.-(Cerrando los ojos). ¿Y qué?.

Madre.-Te ama, te quiere, quiere casarse contigo. (Pausa). Le gustas, le gustas muchísimo, lo he notado en sus ojos. Serafino te quiere.

María.-¿Y qué?.

Madre.-Me ha dicho que no quiere cortarte la libertad.

María.-Serafino quiere muchas cosas.

Madre.-Es un hombre enamorado de ti, ¿por qué te extraña que quiera tantas cosas?.

María.-No me extraña. Serafino siempre ha querido todo y de todo, incluso me quiere a mí, yo soy parte de esas cosas que quiere tener.

Madre.-Es el amor.

María.-De él, no mío.

Madre.-Te vendrá más tarde, no debes preocuparte por eso. A tu edad a mi me ocurría lo mismo.

María.-A mí, a tu edad, no me ocurrirá lo mismo.

Madre.-¡Mari-Flor! ¡No seas irrespetuosa!.

María.-Digo lo que siento, es bueno decir lo que se siente. Eso nunca me lo has enseñado.

Madre.-Serafino es el hombre ideal.

María.-(Con voz cansada). A mi no me gusta lo ideal, me gusta la utopía.

Madre.-¿Lo qué?.

María.-La utopía.

Madre.-¿Qué es la utopía?.

María.-No lo sé, por eso me gusta.

Madre.-Estás loca de remate.

María.-Varios cientos de veces.

Madre.-¡Acabáramos!.

María.-¡Empezáramos!.

Madre.-Acabemos o empecemos, estás loca de remate.

María.-Bien, dile a Serafino que estoy loca de remate al empezar y loca de remate al acabar. Sí, loca de remate, pero no por él.

Madre.-¿Por quién entonces?.

María.- Por el viento que sopla con fuerza durante el invierno y que trae lluvia, lluvia fresca, fría y abundante. Loca por el viento que trae lluvia. ¿Sabes una casa madre?, aquí tiene que llover, pero tiene que llover a cántaros. (Canta).

Y tiene que llover y tiene que llover
y tiene que llover a cántaros.

Madre.-¡Te quedarás para vestir santos!.

María.-(Aparte) ¡que te crees tú eso!.

Madre.-Soltera y sola toda tu vida.

María.-(Aparte). Libre y con la compañía que quiera toda mi vida.

Madre.-Serás desgraciada e infeliz.

María.-(Aparte). Seré feliz y dichosa.

Madre.-No quisiera estar en tu lugar.

María.-(Aparte). Yo tampoco en el tuyo.

Madre.-¿Te casarás o no te casarás con Serafino?.

María.-(Se levanta de la butaca, se acerca al centro del escenario, ve al pública y llama a su madre, ambas ven hacia el pública, María lo señala). Ven aquí. Mira hacia el Sol. ¿Te daña los ojos?.

Madre.-Sí, claro que me daña.

María.-Mi respuesta es, si quieres que el Sol no te dañe los ojos, no lo mires y si lo miras, cierra los ojos. ¿Me entiendes ahora?.

Madre.-No.

María.-Cuando lo entiendas, habrás comprendido mi respuesta.

(Sale por algún lugar que no es ni la puerta derecha ni la puerta izquierda, en una palabra, sale por peteneras).